

EL NIÑO QUE TIRABA DE LOS RABOS



10
CTVS.

COLECCION MARUJITA

Nº 50

El niño que tiraba

de los rabos

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PRINTED IN ARGENTINA

EL NIÑO QUE TIRABA DE LOS RABOS



Hubo una vez un niño, llamado Roberto, que vivía con sus padres en una casita inmediata a un espeso bosque. Su padre trabajaba en una granja y con frecuencia el niño iba allá para ver a los terneros o a los pollitos recién nacidos. Pero todos los animales le tenían mucho miedo, porque él había adquirido la desagradable costumbre de tirarles de los rabos. Lo hacía para divertirse, pero a ellos no les gustaba y Roberto seguía tirando de cuantos rabos encontraba.

En su casa tiraba del rabo de Patilludo, el gato de su madre, así como también de Pinto, el perro de su padre, haciéndole aullar de dolor. No se libraban de sus manos ni el caballo ni el gallo. Era muy malo. Aunque, en realidad, no era un niño cruel. Nunca se olvidaba de dar de comer a su conejo y procuraba que el perro tuviese siempre agua limpia que beber. Su madre estaba muy disgustada con aquella mala costumbre.

—Cualquier día va a ocurrirte algo que te haga de-

sistir de esa manía de tirar del rabo de los animales. Estoy avergonzada de ti, Roberto.

Pero él se echaba a reír y salía al jardín, aunque sin olvidarse de tirar del rabo del gato, al pasar. Y un día, efectivamente, le ocurrió algo. Salió a dar un largo paseo y se llevó la comida en un cesto. Hacía sol y el día era muy hermoso, de modo que se propuso salir a buscar zarzamoras en el bosque. Siguió el sendero que conducía a él y avanzaba silbando, muy alegre. Pero, por más que buscaba con los ojos alguna zarzamora, no pudo encontrar ninguna.

—Tal vez estén más lejos—pensó.

Y tomó otro sendero, muy sinuoso, que se dirigía al corazón del bosque.

No tardó en encontrar muchas zarzamoras a los pies de los árboles y empezó a comer sus bayas. Eran pequeñas y muy dulces. Y cuando más distraído estaba, vió a un individuo que también las recogía.

Era un hombrecillo muy encorvado y vestido de verde. Su calzado era de igual color y muy puntiagudo. Llevaba un cesto, también verde, y en él iba poniendo las zarzamoras que recogía.

—Debe ser un gnomo—pensó Roberto, mirándolo muy sorprendido.—Quisiera saber dónde vive. Me ocultaré detrás de ese árbol y así veré adónde va.

Lo hizo como lo pensó y en cuanto el viejo hubo llenado el cesto, echó a andar bajo los árboles. Roberto lo seguía muy excitado. Se ensanchó el sendero, convirtiéndose luego en un caminito, en cuyo extremo había una casita de ventanas y puertas azules y de paredes color amarillento. El gnomo se metió en aquella vivienda y cerró la puerta.

Rodeaba el jardín una cerca de color rojo y sobre ella

estaba un gato tomando el sol. Roberto se dijo que sería un gato gnomo y que por eso tenía un aspecto tan raro. Pendía su rabo a lo largo de la pared y ya podéis adivinar lo que hizo el muchacho. Lo agarró y tiró con toda su alma.

Pero entonces ocurrió algo horrible. El rabo se le quedó en la mano. El gato dió un alarido de dolor y miedo y, de un salto, se metió por una ventana de la casa.

Roberto se quedó con el rabo en la mano, casi tan asustado como el gato. De pronto se abrió la puerta de la casa y, rabioso, salió el gnomo.

—¡Sinvergüenza! ¡Criminal!—exclamó dirigiéndose a Roberto.—¡Has arrancado la cola de mi gato!

—No quise hacerlo—contestó el niño con lágrimas en los ojos.—De veras que no quise hacerlo.

—Ya conozco tu mala costumbre de tirar de los rabos—gritó el gnomo, amenazándolo con el puño.—Todos los animales tienen quejas de ti. Eres una calamidad, una gran calamidad.

—¿Qué hago con este rabo?—preguntó Roberto.—¿No podría usted ponérselo al gato?

—No, no puedo. Mi gato ceniciento tendrá un rabo nuevo dentro de un año—contestó el gnomo.—A los gatos de los gnomos les nacen nuevos rabos, si es preciso. Parece mentira que no sepas eso.

—Pues lo ignoraba—contestó Roberto.—Y le juro a usted que si llego a saber esto, no le tiro del rabo.

—Puedes quedarte con él—le dijo el gnomo. Al mismo tiempo se acercó a él, le quitó el rabo de la mano y se lo tiró contra su cuerpo.

¡Dios mío, lo que sucedió entonces! El rabo fué a quedar prendido en la parte inferior de la espalda de Roberto.



CUANDO EL GNOMO LES EXPLICÓ LO OCURRIDO,
TODOS SE ECHARON A REÍR

El gnomo se echó a reír, muy divertido, y tuvo que llevarse las manos a los costados para no reventar de risa. Luego sacó un pito del bolsillo y silbó. De multitud de casas inmediatas salieron numerosos gnomos y al ver a Roberto y después de oír las explicaciones de su compañero, también se entregaron, a su vez, a la hilaridad más desenfrenada.

Pero Roberto lloraba. Quería preguntar al gnomo cómo podría librarse del rabo, pero todos se reían con tal ruido, que no pudo siquiera hacerse oír. En vista de eso dió media vuelta y echó a correr, deseoso de alejarse de aquellas carcajadas.

Llegó al lindero del bosque y se sentó a reflexionar. Llevóse la mano a la cola y vió que estaba muy bien sujeta, hasta el punto de que si tiraba de ella le dolía. ¡Qué cosa tan espantosa! Y no tenía más remedio que

volver a su casa y explicar a sus padres lo que le había sucedido.

Emprendió, despacio, el regreso, mientras ondeaba su larga cola negra. Estaba muy triste. Por fin llegó a su casa y entró. Y en cuanto su madre le vió el rabo, exclamó asombrada:

—¿Qué llevas ahí?

Roberto se le contó y la pobre mujer se puso muy seria.

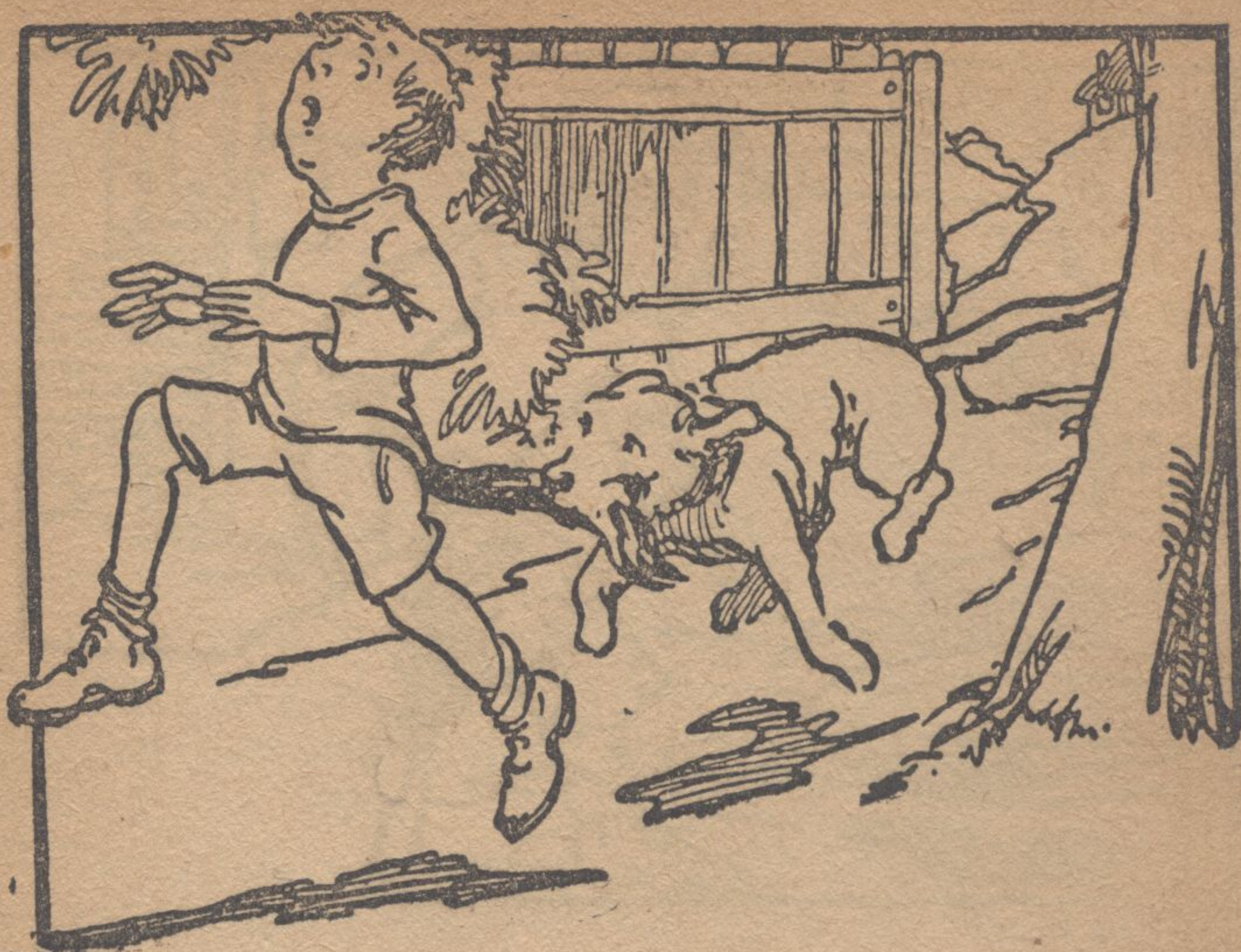
—Ya te avisé que cualquier día tendrías un fuerte escarmiento a causa de tu vicio de tirar del rabo de todos los animales. Ahora lo que puedes hacer es no volver a las andadas y quizá ese rabo desaparecerá poco a poco.

Roberto, en adelante, se abstuvo de su fea costumbre, pero, en cambio, así que los gatos, perros, asnos, caballos, gallinas y patos se dieron cuenta de que Roberto tenía rabo, parecieron ponerse locos de alegría y todos ellos le daban un buen tirón, como si quisieran vengarse de lo pasado.

Él entonces supo, a su costa, lo que era recibir un tirón del rabo. El perro solía esperarlo al acecho, para aplicarle un buen mordisco. El gato le clavaba las uñas y aun las gallinas le picaban. Era espantoso.

—Ahora ya sé lo que sufrían los pobres animales, cuando yo les tiraba del rabo. ¡Ojalá no lo hubiese hecho! Y menos aun debí de tirar del rabo del gato de aquel gnomo.

Durante varias semanas, Roberto tuvo que lucir el rabo y sufrir innumerables tirones. Probó de metérselo dentro de los pantalones o en el bolsillo, pero fué en vano, porque el rabo rompía la tela y salía al exterior. Y lo peor era que se agitaba constantemente sin que el niño pudiera evitarlo.



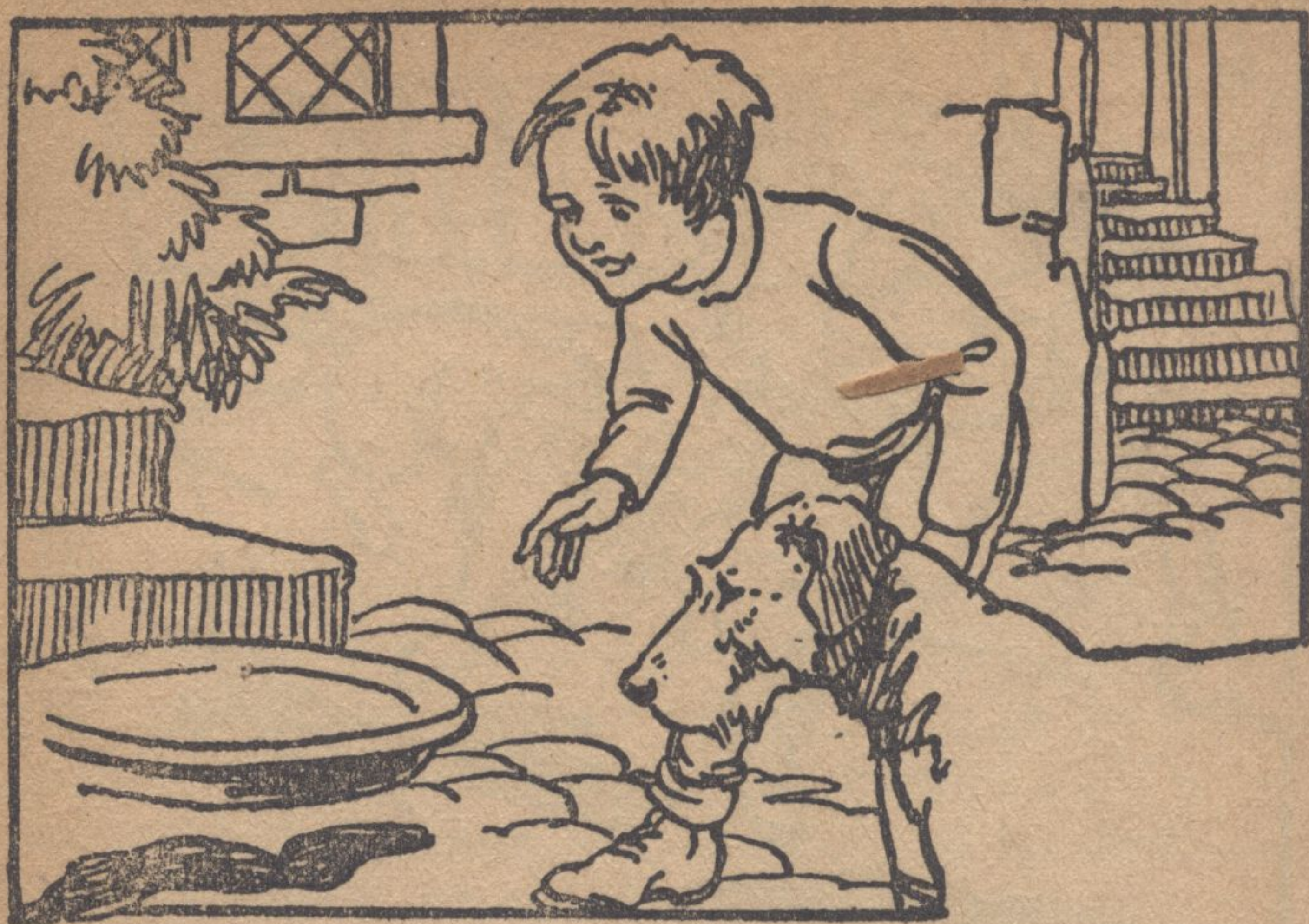
EL PERRO SOLÍA ACECHARLO EN LAS ESQUINAS,
PARA MORDERLE EL RABO

—Nunca más volveré a tirar de ningún rabo—exclamaba Roberto, veinte veces al día.—Nunca más.

—Al parecer, este rabo está igual que el primer día—decíale su madre, muy preocupada.—Yo confié en que desaparecería poco a poco. Voy a escribir a ese gnomo para decirle que ya te has reformado y quizás de este modo desaparecerá tu rabo.

En efecto, escribió al gnomo, diciéndole que Roberto ya era un niño bueno, y acababa rogándole que viniese a quitarle el rabo. Pero el gnomo no acudió.

No obstante, al día siguiente, cuando Roberto llenaba el cuenco de agua para el perro, su rabo empezó a retorcerse y a dar tirones, como si quisiera desprenderse. De pronto salió disparando al aire, hizo algunas cabriolas



ROBERTO SE QUEDÓ ASOMBRADO Y MUY ALEGRE,
AL VER CÓMO DESAPARECÍA EL RABO

y cayó al suelo, en donde desapareció arrastrándose como una serpiente.

Roberto se quedó asombradísimo y muy contento. Luego fué a comunicar a su madre la buena nueva.

—Ahora—dijo su mamá en extremo satisfecha—no vuelvas a las andadas.

Roberto lo prometió y, como ya podéis comprender, cumplió su palabra. En cuanto a aquel extraño rabo, nadie volvió a verlo, aunque hay quien asegura que está al acecho para pegarse al cuerpo de cualquier niño o niña que tenga el vicio de tirar del rabo a los animales.

EL PERRO QUE IBA A BUSCAR

EL PERIÓDICO

Hubo un perrito llamado Tip. Pertenecía a la señora Moreno, que vivía en una casita situada en el extremo del pueblo del Cerezo.

Era un perrito muy útil. Por las noches guardaba la casa y ladraba a los vagabundos, y, una vez por semana, iba a buscar el periódico para su ama, a casa del tío Juan, que vivía solo en una cabaña situada en la ladera de una colina.

El tío Juan compraba el periódico para él y lo leía, lo prestaba luego a varios vecinos y, por fin, iba a parar a la señora Moreno, gracias a que Tip cuidaba de recogerlo.

Todos los jueves por la tarde el perro recorría la calle principal, atravesaba el puente del río y se dirigía a casa del tío Juan. Empujaba la puerta para abrirla y buscaba al dueño de la casa.

El viejo ya le tenía preparado el periódico, bien doblado y atado con un papel. Lo ponía en la boca de Tip y el perrito volvía corriendo a su casa, sin entretenerse, hasta poner a los pies de su ama el diario que había ido a recoger.

Un día el tío Juan se propuso hacer una limpieza general de su casa. Antes, sin embargo, fué a ver a la señor Moreno y le rogó que le prestase la escalera de mano.

—¿Y para qué quiere usted encaramarse en una escalera?—preguntó, sorprendida, la buena señora.—Tenga en cuenta que puede caerse y lastimarse.

—No hay cuidado—contestó el anciano.—Quiero pintar el techo blanco, señora Moreno, porque está muy sucio.

—Si quiere la escalera, la encontrará en el cobertizo—le contestó la buena mujer.—Pero le ruego que tenga cuidado, porque hay dos tramos algo inseguros.

El tío Juan tomó la escalera y se la llevó a su casa. Preparó una lechada de cal y empezó a pintar el techo. Estaba muy complacido de su obra, porque le quedaba muy bien. Trabajó todo el día y luego se acostó. Al siguiente reanudó su labor, que le parecía muy agradable. Mas, de pronto, ocurrió algo terrible.

El cartero arrojó unas cuantas cartas al buzón, pero produjo tal ruido, que el tío Juan se sobresaltó y se cayó de la escalera. Y cuando quiso ponerse nuevamente en pie, notó que no le era posible.

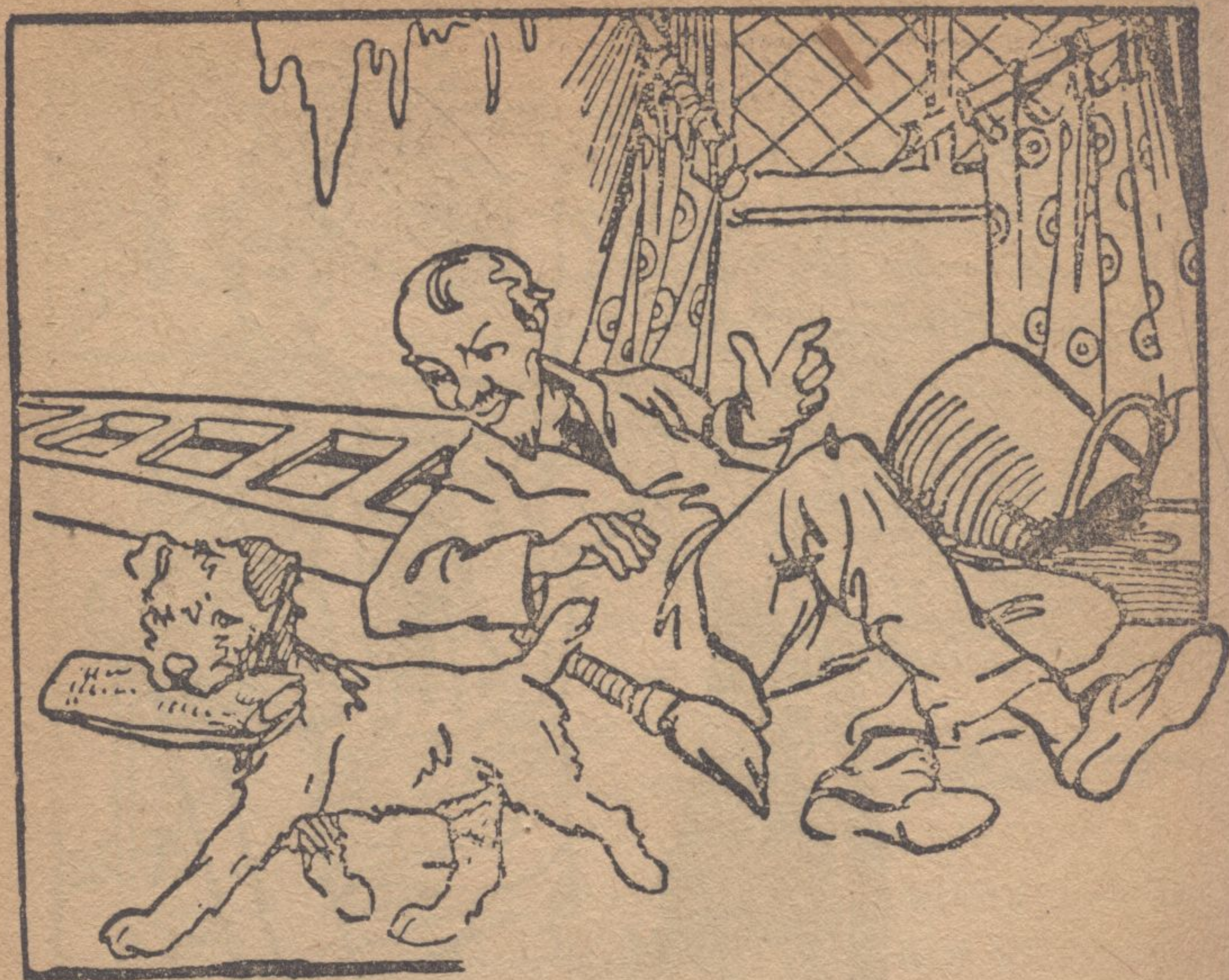
—¡Dios mío! Sin duda me he roto una pierna o algo por el estilo—gimió el desdichado.—¿Qué haré? Hoy no vendrá nadie a esta casa y ni siquiera podré llamar al médico. Por aquí no hay vecinos. Y estoy solo.

Gimiendo, se quedó tendido en el suelo. No sabía qué hacer. Tal vez se viese obligado a pasar la noche de igual modo. ¡Si, por lo menos, llegase alguien!

Pero no esperaba a nadie.

En aquel momento oyó un ruido especial y, de pronto, un cuerpecillo se apoyó en la puerta, que se abrió en el acto. Era Tip, el perro, que venía en busca del periódico de su ama, porque era jueves. Vió al tío Juan tendido en el suelo y se quedó muy extrañado. Se acercó a él y le lamió la mano. Luego se sentó con la cabeza ladeada y dió un ladrido. Parecía preguntar qué ocurría y cómo podría ayudarle.

—¡Ojalá pudieses, Tip!—exclamó el tío Juan. Mas,



EL TÍO JUAN PUSO EL PERIÓDICO EN LA BOCA DEL PERRO Y LE ORDENÓ QUE SE VOLVIERA A CASA

de pronto, se reanimaron sus ojos, porque acababa de ocurrírsele una buena idea. Miró a su alrededor y vió el periódico ya atado con un cordel.—Ahí está el periódico, Tip—dijo, señalándoselo.—Tómalo.

Tip se acercó a la silla y tomó el pequeño paquete. Y se disponía a salir, cuando el tío Juan lo llamó.

—No te vayas aún, Tip. Ven aquí.

El inteligente perrito le comprendió muy bien. Se acercó al tío Juan y éste, sacando un lápiz del bolsillo, escribió en un blanco del periódico:

“Señora Moreno: Me he caído de la escalera. Haga el favor de llamar al médico.

Juan.”



—¿ADÓNDE VA USTED?—PREGUNTÓ LA SEÑORA MORENO

Luego puso nuevamente el periódico en la boca del perro, lo acarició y le dijo:

—Ahora vete a casa, Tip.

Éste echó a correr y, al poco rato, dejó caer el periódico a los pies de su ama. Ella lo recogió y, en el acto, vió el mensaje del tío Juan.

—¡Caramba!—exclamó.—¡Pobre tío Juan! Se ha caído de la escalera.

Inmediatamente llamó al médico y en su carricoche lo llevó a casa del tío Juan, de modo que se vió bien cuidado en la cama y con la pierna vendada.

—Suerte ha tenido usted de mi perrito—dijo la señora Moreno.—De este modo—añadió volviéndose al doctor—el tío Juan ha podido enterarme del accidente.

El tío Juan se restableció en breve y una mañana, la señora Moreno y Tip lo vieron apoyado en un bastón, pues había salido de compras.

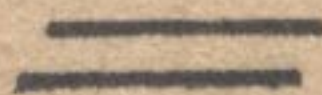
—¿Adónde va usted?—le preguntó la señora Moreno.—Si me lo hubiese dicho, yo le hubiera comprado todo lo que quisiera. ¿Qué desea adquirir?

—Algo muy especial—contestó, sonriendo, el tío Juan.

Y penetró en un establecimiento inmediato, haciendo señas a la señora Moreno y a Tip para que lo siguiesen.

¿Sabéis lo que compró? Pues un hermoso collar rojo para Tip.

—Eso es para que todo el mundo sepa que es un animalito bueno y muy inteligente—dijo el tío Juan, poniendo el collarcito al perro.—Lo tienes muy merecido.



EL BRUJO DEL CASTILLO ALTO

Isabelita y Guillermo salieron a pasear. Habían consumido ya la comida que se llevaron de su casa y se proponían ir a merendar a lo alto de la colina. Allí soplaba una brisa muy agradable y se gozaba de un panorama maravilloso.

Llevaron a cabo la ascensión por entre las matas cubiertas de flores y en cuanto llegaron a la cima, sintieron tanto calor, que Isabelita se tendió en la hierba, deseosa de descansar un rato.

Disponíase Guillermo a sentarse, cuando vió algo en el suelo. Era el estuche de unas gafas.

—¡Caramba!—exclamó.—Alguien ha perdido sus gafas. ¡Qué disgusto habrá tenido!—Abrió el estuche y miró. Dentro vió unas gafas muy pequeñas.

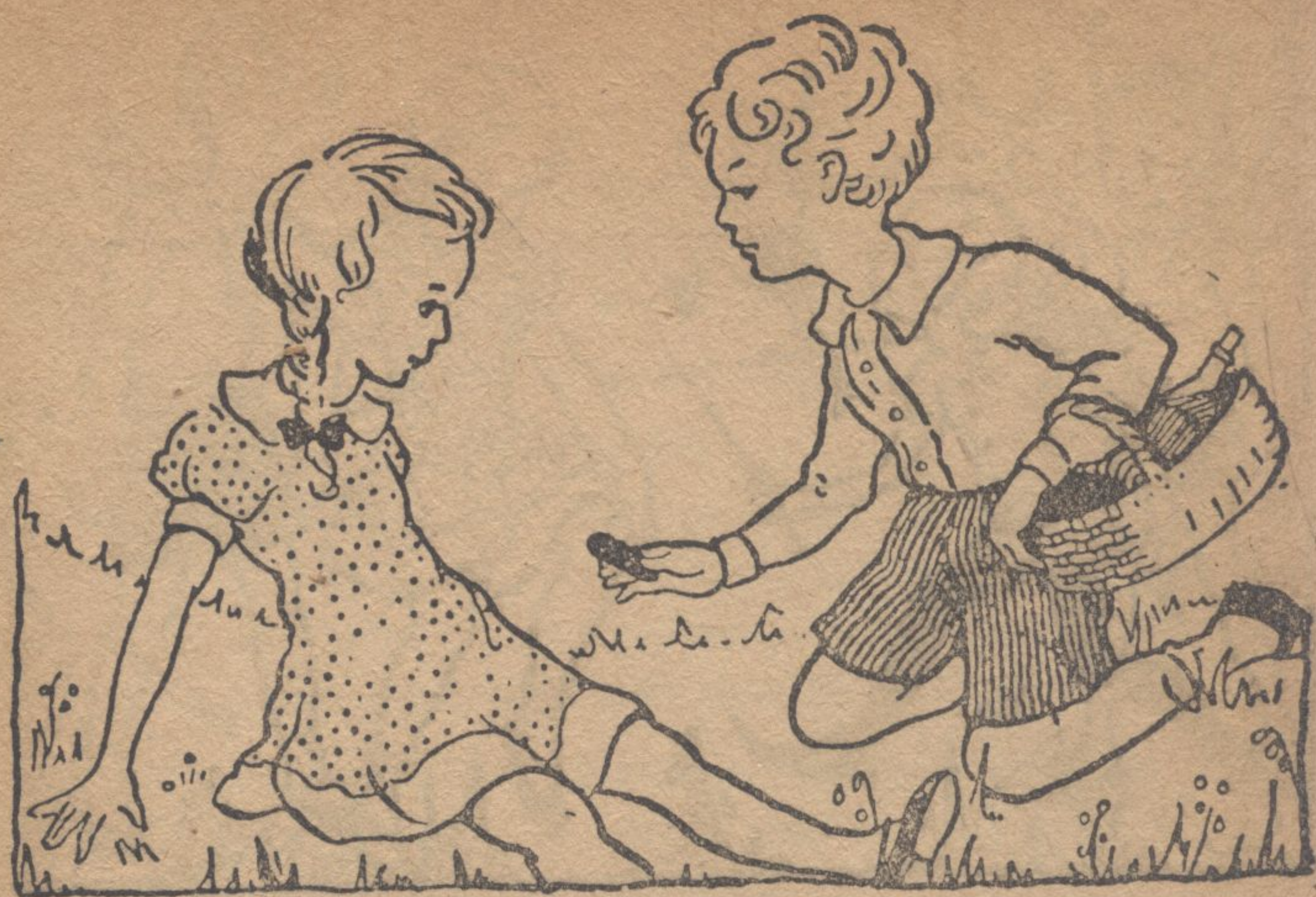
—¡Qué lindas son!—exclamó Isabelita sorprendida.—Incluso serían demasiado pequeñas para mí.

Se las puso y dió un grito de asombro. Guillermo se volvió para enterarse de lo que ocurría y vió que miraba fijamente un grupo de matas situado a corta distancia.

Él las contempló, a su vez, para ver si había en ellas algo asombroso, mas no pudo notar nada de particular. Pero Isabelita las miraba muy excitada y con la boca abierta por la sorpresa.

—¿Qué pasa?—preguntó Guillermo.—Dímelo, Isabelita.—No comprendo que mires con tanto asombro, cuando aquí no hay nada de particular.

—Pero ¿no ves esos duendecillos, Guillermo?—preguntó Isabelita.—¡Mira! Ahora están jugando al escondite.



—¡CARAMBA!—EXCLAMÓ GUILLERMO.—ALGUIEN
HA PERDIDO LAS GAFAS

—No seas tonta, Isabelita—le contestó su hermano,
impaciente.—Todo eso te lo figuras. Por ahí no hay
ningún duendecillo.

—Pero ¿no lo ves? Pero, calla, quizá se pueden ver
únicamente con esas gafas.—Se las quitó y, a simple
vista, miró hacia aquellas matas.—Ahora ya no veo nada
—dijo.—Son las gafas. Póntelas, Guillermo, y así verás
a los duendecillos.

El niño se las puso y miró, dando al mismo tiempo
un grito de asombro, porque veía un grupo de duende-
cillos, que jugaban por entre las matas. ¡Qué cosa tan
rara! Aquellas gafas permitían verlos. Y se convenció de
ello al quitárselas.

—Deben de ser unas gafas mágicas—dijo examinán-
dolas.—¿De quién serán? ¡Vaya un hallazgo!



—¡NOS HACEMOS PEQUEÑOS!—GRITÓ ISABELITA

—Si quieres, podemos ponérselas uno tras otro—exclamó Isabelita.—Así veremos a esos duendecillos.

—A mí me toca primero—dijo Guillermo, ajustándoselas sobre la nariz.—¡Caramba! Ahora veo muchos más, Isabelita. Pero me parece que son geniecillos. Avanzan formados, como si fuesen soldados.

Isabelita miró hacia el lugar que le indicaba su hermano, mas no pudo ver cosa alguna, porque no llevaba las gafas. Mientras tanto, Guillermo miraba extasiado hacia los centenares de duendecillos, hadas y genios de todas clases, que, al parecer, no hacían caso de ellos.

—Este lugar está lleno de gentecilla, Isabelita—exclamó Guillermo.—¡Y nosotros que lo ignorábamos! Estamos rodeados de ellos.

—Yo no los veo, Guillermo—dijo la niña, ardiendo en impaciencia.—Dame las gafas. ¡Corre!

Entonces Guillermo tuvo una gran idea y las examinó preguntándose si podría desarmar los cristales y dar uno a su hermana. Vió que era posible y, sacando el cortaplumas, aflojó un tornillo diminuto, que cerraba el anillo de oro y así pudo sacar un cristal.

—Toma, Isabelita—dijo.—Mira por él y así podrás ver a todos esos hombrecitos.

La niña miró, dando un grito de alegría. Sí, ya los veía muy bien, y a Guillermo le ocurrió lo propio. Se guardó el estuche de las gafas y luego siguió mirando, porque la cosa era muy interesante.

Aquellas personillas no hacían ningún caso de los niños y Guillermo se preguntó si podían verlos a ellos. Y, para averiguarlo, les dijo a gritos:

—¡Duendecillos! ¡Os veo a todos!

Ellos, asombrados, levantaron los ojos para mirar a Guillermo y a Isabelita y luego, rapidísimamente, empezaron a hablar entre sí. Sus voces se parecían al pío de las golondrinas. Después echaron a correr hacia los niños y los rodearon. Uno de ellos, que empuñaba una varilla muy brillante, parecida a una aguja corta de hacer calce-ta, golpeó, sucesivamente, con ella, las piernas de ambos niños. Entonces ocurrió algo asombroso. Los hermanos empezaron a notar que todo crecía por momentos a su alrededor.

—¡Nos estamos haciendo pequeñitos!—exclamó Isabelita.—¡Dios mío! Tenemos ya la misma estatura que los duendecillos.

En efecto, era así. Quedáronse mirando a aquella genticilla, que, a su vez, no les quitaba la mirada de encima. De pronto un hombrecillo, con un traje rojo, de botones azules, se dirigió a ellos y habló:

—¿Cómo es posible que nos veáis? Los niños no pueden vernos nunca.

—Hemos encontrado unas gafas muy pequeñas—dijo Guillermo, sacando el estuche del bolsillo y mostrándoselo al diminuto personaje.—Y yo les he quitado un cristal para que también pueda mirar mi hermana.

—Sois muy malos. Habéis robado las gafas del brujo Malachón—exclamaron las hadas, sin dejar de rodear a los dos niños.—Y si las encontrasteis, eso quiere decir que las habéis robado.

—¿Cómo os atrevéis a decir eso?—preguntó Isabelita, muy enojada.—Las hemos encontrado en la hierba.

—Pues el brujo Malachón nos dijo que alguien se las quitó del bolsillo—contestó el hombrecito rojo.—Y los ladrones no pueden ser otros que vosotros.

—Tal vez se le cayeron al ladrón—replicó Guillermo—Y, si queréis, llevadnos a presencia del brujo, le devolveremos las gafas y le explicaremos cómo han llegado a nuestro poder.

—Os encerraremos en el Castillo Alto—dijo el hombre de la chaqueta roja.—Luego iremos en busca del brujo y no sabéis cuánto se enojará si llega a convenirse de que le habéis robado las gafas.

—Siempre me había figurado que las hadas eran seres amables y bondadosos. Pero sois muy malos—dijo Isabelita.

—Dice que somos malos—exclamaron todos.—¡Sujetadla y encerradla!

Pero Isabelita no quería ir al Castillo Alto. Separó a dos o tres que le impedían el paso y echó a correr velozmente. Guillermo la siguió y tras ellos salieron todos los duendes y geniecillos.

Los dos hermanos corrían jadeantes. De pronto la



ISABELITA ECHÓ A CORRER

niña llegó a la madriguera de un conejo y, como era muy pequeña, pudo meterse en ella. Guillermo la siguió.

—No te muevas—le dijo la niña.—Los duendecillos no nos han visto entrar aquí.

En efecto, aquella gentecilla pasó corriendo por delante de la madriguera, gritando y llamándolos. Isabelita miró entonces al interior del escondrijo. Se asombró mucho al ver que, a lo lejos, brillaba una lamparita, y en cuanto se la señaló a su hermano, él también se quedó muy asombrado.

—Vamos a ver adónde lleva esa conejera. Probablemente ya no encontraremos a nuestros perseguidores.

Echaron a andar y pronto vieron que la lamparita estaba encendida sobre una puertecilla azul.

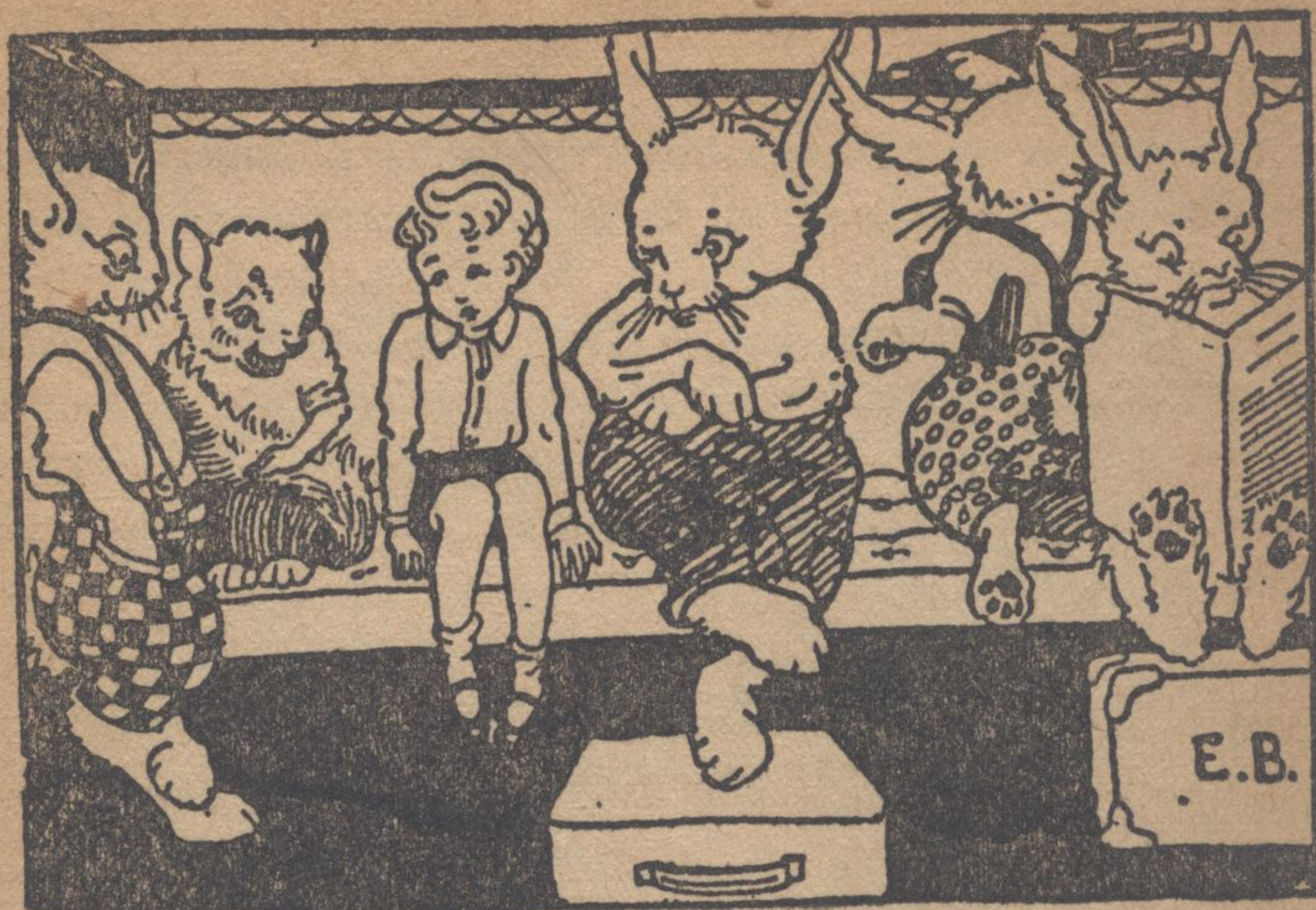
—¡Oye!—dijo entonces Guillermo.—Me parece que los duendecillos vienen por aquí. Sin duda han descubierto nuestro escondrijo.

Tenía razón, porque se oía a corta distancia el ruido de muchos pies. Pero el niño no perdió tiempo, sino que, abriendo la puerta azul, entró con su hermana y la cerró luego.

Dentro no encontró a nadie. Era una estancia redonda, con cuatro puertas. En el centro había un gran sillón, pero nadie lo ocupaba.

El niño se dirigió a una puerta y la abrió. El espectáculo que se ofreció a sus miradas lo dejó muy extrañado. Pudo ver el mar resplandeciente a la luz del sol. Isabelita abrió otra puerta, mas no pudo ver otra cosa que una noche muy negra, en la que apenas brillaban algunas estrellas, de modo que se apresuró a cerrarla.

Guillermo abrió la tercera puerta y, en el acto, dijo a su hermana:



—¿ADÓNDE VA ESTE TREN?—PREGUNTÓ
GUILLERMO

—¡Isabelita! Aquí hay el andén de una estación, con un tren a punto de partir. Ven y lo tomaremos.

La niña atravesó la puerta con su hermano, en el preciso instante en que los duendecillos abrían la puerta, por la que habían entrado. Subieron inmediatamente a un vagón, silbó la locomotora y el tren emprendió la marcha.

El convoy iba muy lleno. Lo ocupaban toda suerte de animales y en especial conejos, cosa nada sorprendente, puesto que los niños habían salido de una madriguera. Pero aquellos conejos eran tan grandes como ellos y se mostraban más groseros de lo que Isabelita esperaba.

—Estrechaos un poco más—dijo un conejo a Guillermo con voz y acento muy descorteses.

El niño se corrió sobre el asiento, porque no quería originar ninguna disputa. Pero no todos eran tan groseros, porque un conejito blanco ofreció a Isabelita una zanahoria, aunque ella no la aceptó, porque no le gustaba.

—¿Adónde va este tren?—preguntó Guillermo a una comadreja que estaba sentada a su lado.

—Nadie lo sabe hasta que llega—contestó la comadreja.—Ayer se dirigió a la Puesta de Sol y quizá hoy vaya a parar al Arco Iris.

—¿Cómo es posible?—preguntó Guillermo.

—Mira, hablas demasiado—contestó la comadreja.—Estate quieto y piensa en la comida del próximo domingo.

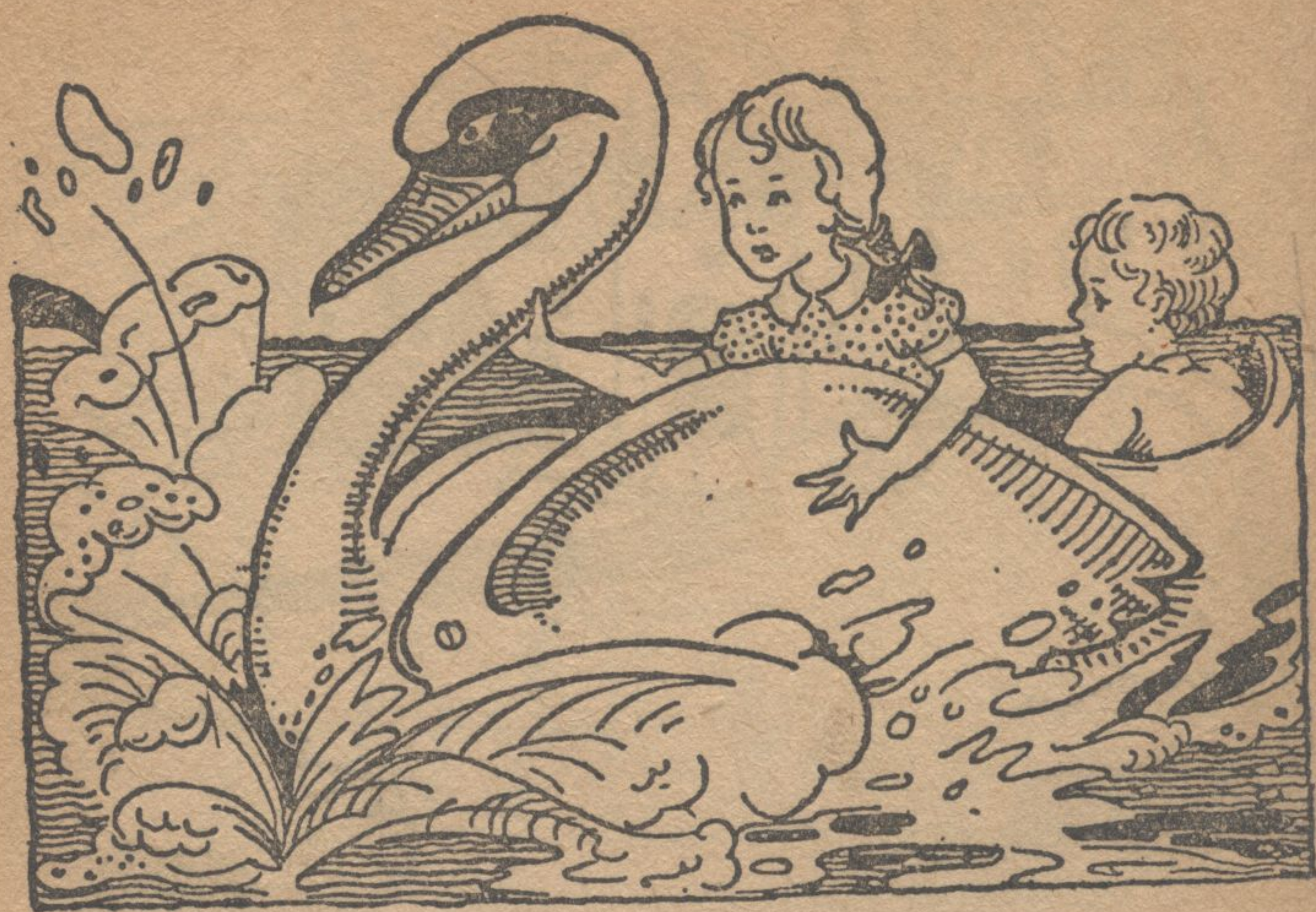
Guillermo habría querido preguntar la razón de tal consejo, pero no se atrevió. Quedóse quieto en su asiento y se dedicó a contemplar el paisaje. Todos los árboles estaban cubiertos de flores y los campos parecían alfombras verdes, tan espesa era allí la hierba. Pero lo más raro, era el cielo, de un color verde pálido.

El tren siguió corriendo y, al fin, se detuvo en una estación que tenía el extraño nombre de "Aquí Estamos". Isabelita y Guillermo se asomaron a la ventanilla y, con gran horror, por su parte, vieron asomado a otra ventanilla de uno de los últimos vagones del tren al individuo de la chaqueta roja.

—¿De modo que ese sujeto está en el tren?—observó Guillermo.—Probablemente ha subido en el último vagón con los demás. Nos habrán visto.

—Bajaremos en la próxima estación y echaremos a correr—dijo la niña.—Si descendemos por el lado opuesto al andén, no nos verán. No quiero ir al Castillo Alto.

Por fin llegaron a otra estación e Isabelita y Gui-



EL BOTE EMPEZÓ A NAVEGAR

lhermo abrieron la portezuela para salir. Mas por desgracia los vió el hombre de la chaqueta roja y tanto él como los duendecillos se apearon a su vez. Los dos hermanos echaron a correr a toda prisa y no tardaron en llegar a la orilla del mar, cosa que les sorprendió.

—No podemos retroceder—dijo la niña,—porque nos atraparían. ¿No hay por ahí ningún bote, Guillermo?

—Sí—contestó el niño, echando a correr hacia una embarcación que tenía forma de cisne.

Los dos se embarcaron a toda prisa y buscaron los remos, pero no los había.

Mas no eran necesarios, porque aquel extraño bote empezó a navegar rápidamente. Los dos niños se mi-



VIERON UN ENORME CASTILLO

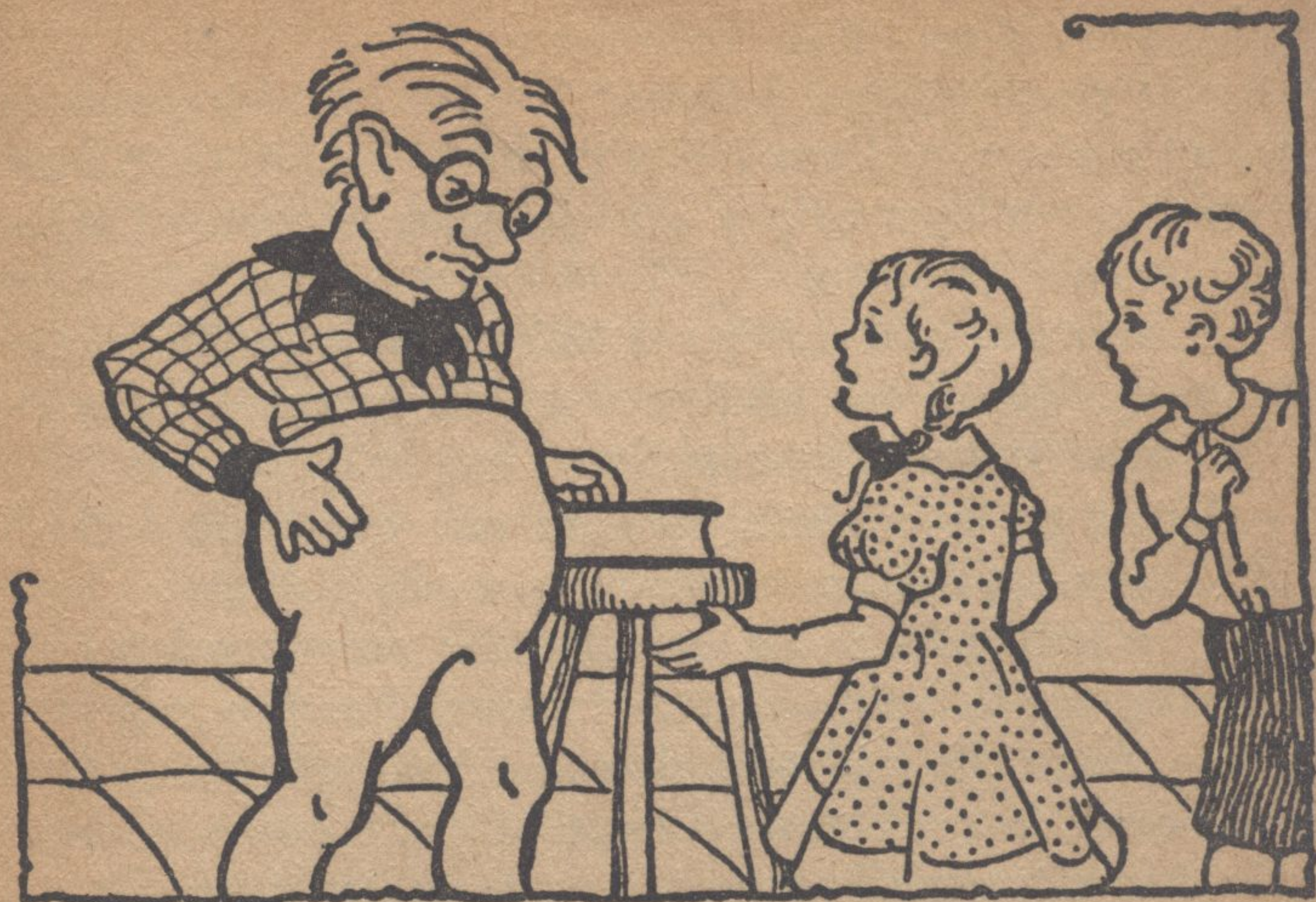
raban asombrados, preguntándose qué ocurriría luego. ¿Cómo era posible que un bote navegara sin remos?

Profiriendo gritos de enojo, el individuo de la chaqueta roja y sus compañeros se echaron al agua y empezaron a nadar. El bote navegaba rápidamente e Isabelita no tardó en señalar una isla, que se hallaba ya a poca distancia. En ella había un alto castillo, cuyas ventanas relumbraban a la luz del sol.

—Este bote nos lleva allá—dijo.—¿Quién vivirá en ese castillo?

Poco tardó el bote en detenerse junto a la playa. Quedóse inmóvil, mientras los niños desembarcaban, y luego se alejó por las aguas.

—Los duendecillos aun están a bastante distancia—dijo la niña.—Les llevamos bastante delantera.



EL HOMBRE GORDO SE QUEDÓ MIRANDOLOS

Los dos hermanos echaron a andar por la playa, en dirección al castillo. Dirigiéronse a él y, al fin, llegaron ante la enorme puerta, que se abrió sin ruido para darles paso, cerrándose luego con el mismo silencio. De este modo llegaron a la escalera principal del castillo, y una vez en el piso superior, viéronse en una enorme sala, donde había una chimenea en la que ardía un gran fuego. Las llamas eran azules y las chispas verdes, de modo que no tardaron en reconocer que debía ser un fuego mágico. Ante él estaba un hombre muy gordo, sentado en un taburete y ocupado en echar agua, de vez en cuando, al fuego y en leer un gran libro de tapas negras. Pero aquella agua no disminuía las llamas, sino que, por el contrario, las reavivaba.

Los niños se quedaron inmóviles y admirados. Aquello era muy extraño y misterioso.

—Buenos días—dijo Isabelita por fin.

Aquel personaje se sobresaltó tanto al oírla, que se cayó al suelo y su libro fué a parar al fuego. Guillermo se apresuró a agarrarlo y aun le echó encima el agua que contenía el jarro.

—¡Caramba, qué susto me habéis dado!—dijo aquel hombre gordo.—Pero no importa. Me alegro mucho de veros, quienesquiera que seáis.

—Usted es la primera persona que nos trata bien—dijo la niña.—¡Y pensar que siempre nos habíamos figurado que las hadas y los duendecillos eran bondadosos!

—¡Oh, sí, lo son!—contestó aquel hombre sorprendido.—¿Acaso os han tratado mal? Me extraña, porque tenéis cara de ser buenos chicos. ¿Dónde están mis gafas? ¡Ah, sí! ¡Aquí! ¡Dejadme que os vea bien! Sí, sí, parecéis niños buenos. ¿Cómo es posible que las hadas os hayan tratado mal?

—Va usted a saberlo—contestó Guillermo.

Y en el acto le refirió la historia de lo sucedido.

—Ya comprenderá usted que no podíamos consentir en que nos encerraran en el Castillo Alto, ni en que el tonto brujo Malachón pudiese creer que le habíamos robado las gafas—exclamó Isabelita.

—¡Oh, mire!—exclamó Guillermo, de pronto, señalando la puerta del castillo.—Aquí está Chaqueta Roja con sus compañeros. Han venido a nado. Sávenos usted.

Chaqueta Roja y los demás entraron en el castillo gritando. El primero se apoderó de Guillermo y un duendecillo agarró a Isabelita por el brazo.

—¡Ah, por fin ya os tenemos!—exclamaron.—Brujo Malachón, estos niños le han robado a usted las gafas. Se nos escaparon, pero lo más cómico es que han venido a caer en poder de usted, porque ahora se encuentran en

el Castillo Alto y prisioneros del brujo Malachón.

¡Qué sorprendidos se quedaron los dos niños! ¿De modo que aquel hombre bondadoso era el brujo Malachón y aquél el Castillo Alto? Se quedaron sin saber qué decir. Luego Guillermo se metió la mano en el bolsillo y sacó el estuche de las gafas, que tendió al brujo.

—Me alegro mucho de poder devolverle lo que le pertenece. Encontrará usted las gafas desmontadas, pero puedo arreglarlas en un santiamén.

—Muchas gracias—contestó el brujo sonriendo.—Eres muy buen chico. Ahora ya sé quién me robó las gafas. Fué el gnomo Pataslargas. Me lo ha confesado esta mañana y añadió que las había perdido. Vosotros—añadió volviéndose a los duendecillos—os habéis equivocado. Esos dos niños son mis buenos amigos, de modo que habéis de ofrecerles vuestras excusas y concederles vuestra amistad.

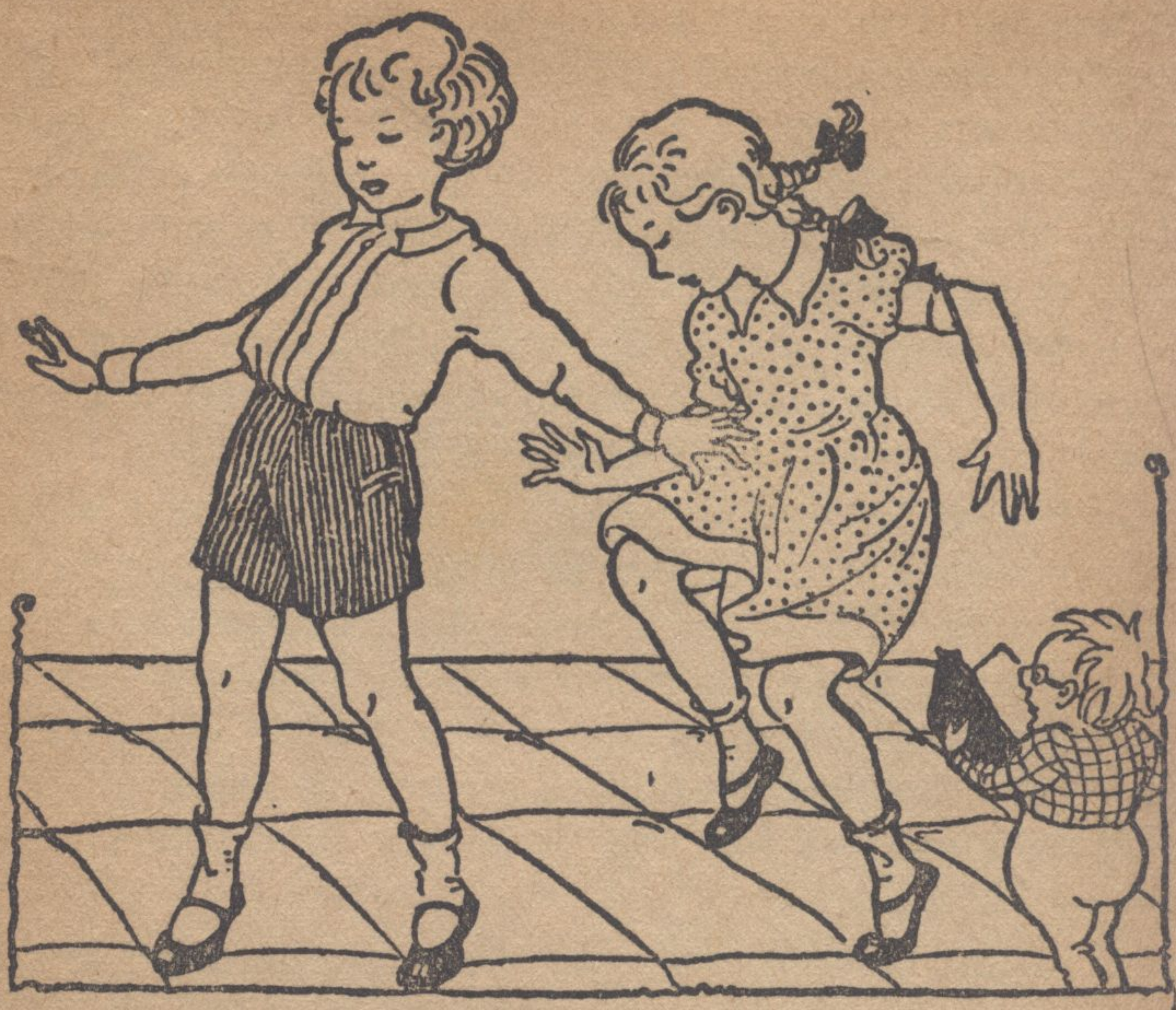
Chaqueta Roja y los demás se sonrojaron al oír lo que decía el brujo. Estaban avergonzados, pero los dos niños les tendieron las manos sonriendo.

—No os apuréis—dijo Isabelita.—Os figurabais obrar bien y, por otra parte, nos habéis proporcionado magníficas aventuras. Os perdonamos.

Todos rodearon a los niños, para darles la mano y presentar sus excusas. Entonces Guillermo consultó su reloj y anunció que tanto él como Isabelita se veían precisados a marcharse. Habían dejado su cesto en la colina y ya era hora de recogerlo.

—Llevaos mis gafas—dijo el brujo, obligando a Guillermo que las tomase.—Tengo dos pares más. Estoy seguro de que a ti y a tu hermana os gustará mucho usarlas a veces.

—¡Oh, sí!—exclamaron ellos.—Tendremos el mayor



LOS DOS NIÑOS CERRARON LOS OJOS Y DIERON TRES VUELTAS

placer en ver, de vez en cuando, a las hadas y a los duendecillos.

—Ahora, seguramente, querréis recobrar vuestra estatura—añadió el brujo tomando su libro negro.—Esperad un momento, mientras busco el conjuro.

Hojeó el libro y en cuanto hubo hallado lo que buscaba, ordenó:

—Cerrad los ojos y, despacio, dad tres vueltas. Yo, mientras tanto, pronunciaré las palabras mágicas.

Los niños obedecieron y, mientras tanto, el brujo pro-

fería unas palabras raras. Luego abrieron los ojos y les asombró lo que vieron. ¿Dónde os figuráis que estaban?

Pues en la colina, con su propia estatura. Y a sus pies vieron el cesto de la comida.

—¡Caramba! ¿No hemos soñado?—preguntó el niño parpadeando.—¿Dónde están el brujo, Chaqueta Roja y los demás?

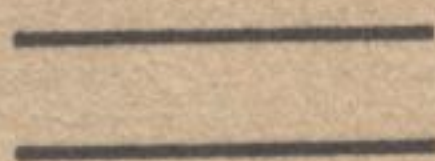
—Han desaparecido—contestó la niña sentándose y empezando a sacar la merienda del cesto.—Ven, Guillermo, porque tengo mucha hambre.

Empezaron a comer, aunque sin dejar de hablar de sus maravillosas aventuras.

—No acabo de convencerme de que no hemos soñado—dijo Isabelita.—Oye, Guillermo, mira a ver si tienes todavía las gafas mágicas.

El niño se llevó la mano al bolsillo y vió que, en efecto, estaban allí. Se las puso y en el acto pudo ver a los duendecillos. No había ninguna duda.

Aun conservan aquellas gafas mágicas, pero no se las prestan más que a quienes creen en las hadas. Por eso, si alguna vez vais a visitar a Guillermo y a Isabelita, no os manifestéis incrédulos y entonces os las prestarán.



EL BOLLO DE GROSELLA FUGITIVO

Cuando el bollo de grosella salió del horno, miró a su alrededor. Tenía dos grosellas por ojos y veía muy bien con ellas.

—¡Caramba!—exclamó mientras lo ponían en una fuente con sus hermanos.—¿Se figuran que voy a quedarme quieto aquí, para que me devoren? Se equivocan. Yo voy a ver mundo.

Proyectó en su redondo cuerpo dos brazos y dos piernas y echó a andar. La cocinera lo vió y lo persiguió llamándole.

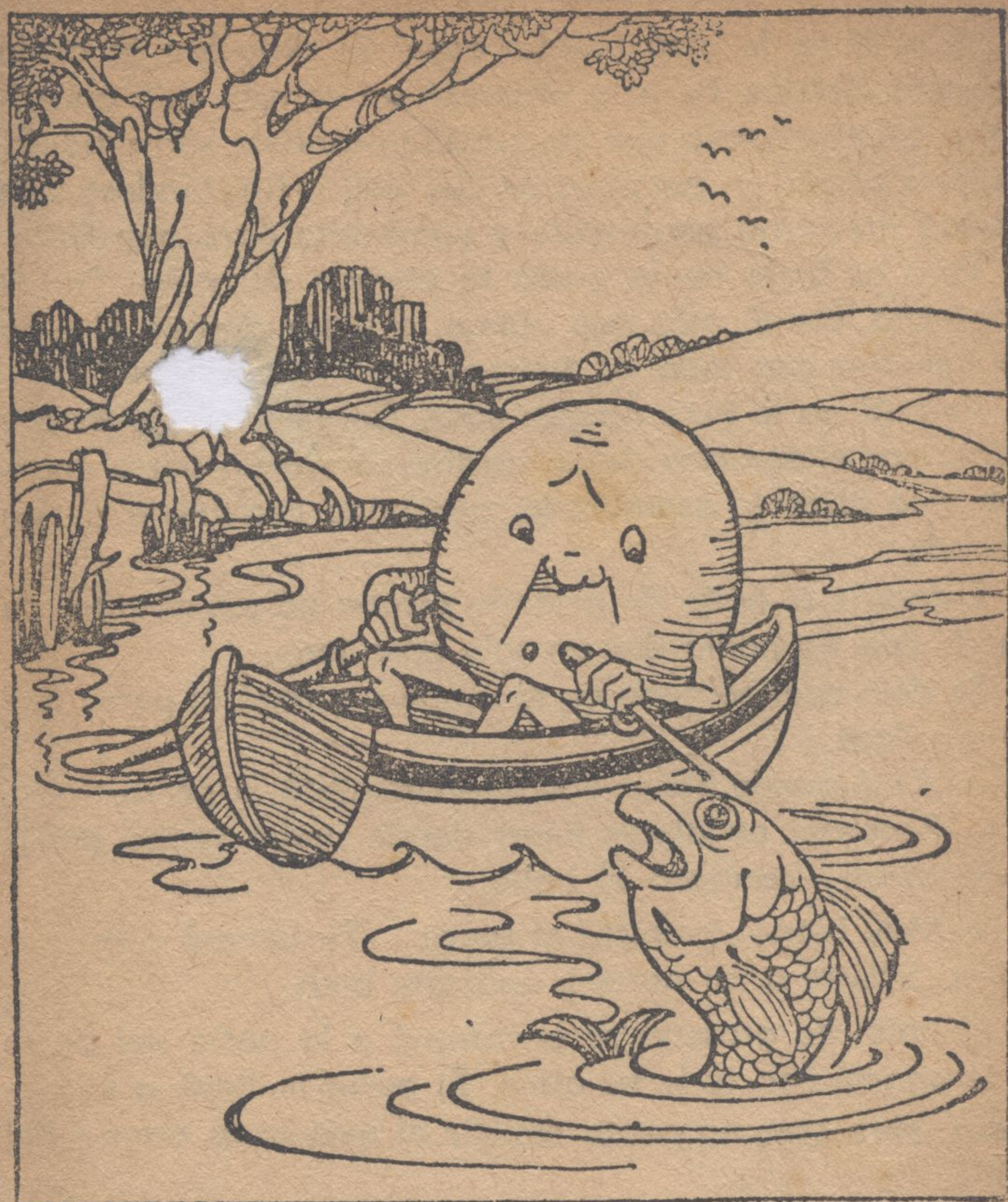
Pero él no le hizo ningún caso.

Salió de la cocina, atravesó el jardín y, de pronto, lo vió una corneja, que voló para situarse a su lado. Pero al bollo no le gustó la mirada de aquel animal y echó a correr más de prisa, a pesar de que la corneja lo llamaba.

Mas él no le hizo ningún caso. Siguió corriendo por el sendero y salió a la calle. Lo descubrió un caballo, que emprendió la carrera, persiguiéndolo, pues se figuró que podría comérselo de un bocado. Pero al bollo no le agradó la mirada del caballo y, por lo tanto, siguió corriendo con mayor rapidez que nunca, a pesar de que el caballo lo llamaba.

Pero él no hizo ningún caso. Atravesó la calle y llegó al río. Allí había un botecito de juguete, amarrado a una orilla. Se embarcó, desató el cordel y empezó a remar.

De pronto, un pez enorme asomó la cabeza fuera del



AL BOLLO NO LE GUSTÓ LA MIRADA DE AQUEL PEZ

agua y lo vió. Estaba muy hambriento y creyó que el bollo le serviría para hacer una buena comida. Por esta razón empezó a nadar para alcanzar el pequeño bote.

Pero al bollo no le gustó la mirada de aquel pez. Remó mucho más de prisa que nunca, a pesar de que el pez lo llamaba.

Pero él no le hizo ningún caso. Se dirigió a la orilla opuesta. Saltó a tierra y atravesó un campo. Allí encontró a un muchacho que se quedó mirándolo sorprendido. Echó a correr en persecución del bollo figurándose que podría atraparlo fácilmente y comérselo para merendar.

Pero al bollo no le gustó la mirada del niño. Por el contrario, corrió más que nunca, a pesar de que el niño lo llamaba con toda su fuerza.

Pero él no le hizo ningún caso. Corrió por una puerta y subió por el sendero de un jardín. Allí un perro enorme y lo olfateó, asombrado, pensando comérselo de un bocado.

Entonces el bollo de grosella estaba ya sin aliento, de modo que no podía dar un solo paso más.

Se dejó caer sentado en el sendero y rogó al perro que lo ayudase.

—¿Qué puedo hacer por ti?—preguntó el perro.

—Ponerme en algún lugar donde nadie venga persiguiéndome—contestó el bollo.

—Muy bien—contestó el perro.—Te llevaré a mi perrera. Súbete a mi nariz y agárrate bien.

El bollo de grosella se encaramó a la nariz del perro y se agarró con toda su alma. El perro lo llevó a su perrera, pero casi no podía resistir el excelente aroma del bollo.

—Te pondré en un sitio más seguro—dijo arrojando el bollo al aire.

Lo cogió con la boca cuando descendió y no os podéis figurar qué sabroso le pareció.

Y aquí terminan las aventuras del bollo de grosella fugitivo.



Un soberbio regalo

CUENTOS DE HADAS

Una extraordinaria colección, especialmente dedicada a los niños, conteniendo la más hermosa selección de las mejores narraciones de este género, de cada país.

Lujosos tomos encuadernados, de gran formato, impresos con caracteres notables, de fácil lectura, e ilustrados por grandes dibujantes

Publicados

CUENTOS DE HADAS
JAPONESES

CUENTOS DE HADAS
INGLESES

En preparación:

CUENTOS DE HADAS
DE ANDERSEN

CUENTOS DE HADAS
DE GRIMM



Precio de cada tomo:
\$ 2.30



URGEL 245

BARCELONA



GOROSTIAGA 1650

BUENOS AIRES